

sus vestidos ordinarios, y los aguardó con la calma mas inalterable, acompañado de los cardenales Pacca y Despuig, y de otros muchos eclesiásticos. El general Radet entró el primero, pálido, vivamente agitado, y guardó silencio algunos minutos. Por último tomó la palabra, y con un acento tembloroso dijo al Papa, que tenia que desempeñar una comision muy desagradable y penosa para él; pero que, habiendo prestado juramento de obediencia y fidelidad al emperador, no podia dispensarse de cumplirla; que estaba encargado de notificarle la orden de renunciacion á la soberanía temporal de Roma y del Estado de la Iglesia, y que si S. S. no se conformaba en ello, debia conducirlo á casa del comandante en gefe, el cual le indicaria su destino ulterior. El Papa, sin alterar en nada su tranquilidad, le respondió con poca diferencia en estos términos: *Si vos habeis creído deber ejecutar semejantes órdenes de vuestro emperador, con motivo del juramento que le habeis prestado, ¿podeis pensar que nos sea dado abandonar los derechos de la santa Sede, estrechándonos con ella tantos juramentos? No podemos renunciar de ningun modo lo que nos pertenece. El dominio temporal es propiedad de la Iglesia romana, y nos no somos sino sus administradores. Puede, si quiere, el emperador hacernos pedazos, mas obtener esto de nosotros, jamas; por lo demas, despues de todo lo que hemos hecho por él, no debíamos por cierto prometernos este trato.* — Santo Padre, dijo el general, *ya sé que el empera-*

*dor os debe mucho.* — *Mas de lo que podeis pensar,* replicó el Papa con un acento espresivo. Y luego preguntó al general si debia partir solo, á lo cual respondió este que podia llevar consigo á su ministro el cardenal Pacca. El cardenal, despues de haber recibido las órdenes del Papa, se trasladó á una estancia inmediata para revestirse de los hábitos de ceremonia de los cardenales, por cuanto se creia que no tenia que pasar sino á la habitacion del general en gefe. Cuando volvió, encontróse con que ya se habian llevado al Papa, sin haberle dado tiempo de hacer ningun preparativo. Procuró reunírsele y lo halló escoltado de gendarmes y de algunos traidores romanos, caminando con pena por entre los despojos de puertas derribadas. Llegados á la puerta de palacio, hicieron salir al Papa y cardenal en un coche, el cual cerró con llave un gendarme; y en vez de tomar la direccion del palacio Doria, donde residia el general, ganaron la puerta Salara, salieron de la ciudad, y llegaron por un largo rodeo á la puerta del Pópolo, donde ya estaban apercebidas las postas. Al ver esto, el sumo pontífice echó buenamente en rostro á Radet su artificio, y se quejó de que se lo hiciese marchar sin acompañamiento y sin ninguna provision para el viage. Respondiósele que no tardarian en reunírsele todos aquellos de quienes deseaba verse acompañado, con todo lo que necesitase, y marcharon. En las postas, echábase de ver el asombro y lá inquietud de los transeuntes.

En Monterosi, ciertas mugeres, que estaban en sus ventanas, reconocieron al santo Padre, y en presencia misma de los gendarmes, no pudiendo dudar de que se estaban llevando al Papa de Roma, dieron ruidosas muestras de su dolor. Escitóse la sensibilidad del santo Padre; pero el general Radet mandó cerrar las cortinas del coche, de suerte que ya no fué posible ver nada. Con esto quedaba el Papa encerrado, y hasta privado de aire, durante las horas mas ardientes del dia, bajo el sol de Italia y en el mes de julio. Despues de diez y nueve horas de carrera continua, llegaron á la montaña de Radicofani. Mucho era el sufrimiento del pontífice, los sacudimientos del coche y lo largo del viage le hacian resentirse de los primeros dolores de una incomodidad gravísima. Por otra parte, no se encontró nada preparado; y como tuviese el Papa durante la noche calentura, declaró que no proseguiría adelante antes que llegaran los de su acompañamiento. Algunas horas despues, llegaron dos coches, donde iban el señor Doria, maestro de cámara, el sobrino del cardenal Pacca, un capellan, un cirujano y algunos criados. Poco despues marcharon y viajaron toda la noche. En Poggibonzi se rompió el eje del coche, y volcaron en medio de la carretera. Agrupóse el pueblo y ayudó á levantar el coche, cuya portezuela se abrió, habiendo estado constantemente cerrada con llave. No habia recibido el Papa ninguna contusion; apaciguó las quejas del pueblo contra los gendarmes, y volvióse

á entrar en el coche, siendo esta vez en el del prelado Doria. El 8 por la tarde, llegó á la Cartuja de Florencia<sup>1</sup> donde descansó algunas horas, prohibiéndole hablar con sus religiosos, separándole del cardenal Pacca, á quien hicieron partir para Boloña, en tanto que se condujo al Papa hácia Pisa. El primer proyecto habia sido trasportarlo á Francia por Génova; pero las dificultades del trayecto dieron margen al partido de dirigirlo por Alejandria, donde le permitieron residir dos dias, pero sin dejarle ver á nadie. El cardenal Pacca, el cual habia llegado en esta ciudad por otra via, no pudo visitar á S. S. El dia 17 de julio pasó á la una de la madrugada el Papa por delante de Turin. Fatigadísimo del viage, se halló enfermo entre Rivoli y Suza, por lo cual consintió su escolta en dejarle descansar un instante en una aldea; luego despues emprendieron la marcha para el Monte-Cenis, á donde llegaron por la tarde. Dos dias pasó el Papa en el hospicio, y á 20 de julio volvieron á partir. Reuniéronse en Montmelian al cardenal Pacca, y el 21 entraron en Grenoble en un mismo coche; con todo alojaron al santo Padre en la prefectura y el cardenal en la fonda Belmonte, sin permitir que se vieran. Once dias permanecieron en esta ciudad, donde dieron los fieles grandes pruebas de su interés por el sumo pontífice, á quien se esme-

<sup>1</sup> Lo que precede está sacado de una relacion manuscrita enviada á Roma: lo demas se ha estraído de una coleccion titulada: *Correspondencia de la corte de Roma con la Francia. 1809, en 8º.*

raban en saludar y pedir su bendicion. El clero no pudo obtener permiso para acercársele. El 1º de agosto, vióse conducido el cardenal Pacca á Fenestrelles, donde expió por espacio de tres años y medio de cautiverio la sinrazon de haber sido fiel á su soberano. Por los mismos dias se mandó al Papa que partiese para Valencia, y lo condujeron por Aviñon, Aix y Nice. En esta última ciudad, salieron á su encuentro el obispo y la reina de Etruria con su hijo. Entró el Papa en Nice á 7 de agosto, y recogió multiplicados testimonios de respeto y adhesion. El 10 partió para Savona, donde plugo á su perseguidor fijar su residencia. Al principio se alojó en casa del corregidor, luego en el obispado, y finalmente en la prefectura. Una compañía de gendarmes le guardaba, y no se le podia hablar sin testigos, sin que tuviese esta libertad el mismo obispo de Savona. Los cardenales Doria, cuando pasaron yéndose á París, no pudieron ir á saludar al gefe de la Iglesia. Esforzaronse en estos dias en seducirle por medio de un aparato de respeto. Envióse un chambelan de Bonaparte á Savona, y ofreció á S. S. cien mil francos mensuales para sus gastos. Le establecieron una casa, le prepararon una vajilla, una librea y se le quiso dar una representacion digna de su rango. Pero el Papa lo rechazó todo; se mantuvo confinado en su aposento, y se contentaba en dejarse ver de cuando en cuando al pueblo y darle su bendicion. A pesar de todo, no se le consentia hablar ni escribir, sino en

presencia de los que le vigilaban; triste estado de cosas que todavía se agravó mas como lo veremos en el curso de esta obra. No habia de faltar á los cardenales la persecucion de que era blanco su gefe. Ya hemos visto que la mayor parte se habian hallado en la dura precision de salir de Roma; los que habian quedado en ella, cuando el rapto de Pio VII, se vieron tambien sucesivamente confinados. A la primera invasion de Roma, en 1798, se habia cometido el error de dejar á los cardenales que se dispersasen, procurándoles de esta suerte la facilidad de reunirse, á su placer, en Venecia despues de la muerte de Pio VI. El nuevo perseguidor de la Iglesia creyó ser mas diestro y mas atinado, teniendo á todos los cardenales bajo su poder; y á fin de ser mas dueño de ellos, los hizo reunir á todos en París, donde no tenia que temer nada, en caso de que viniese á quedar vacante la santa Sede. Solamente dejaron en Italia á aquellos cuya edad ó achaques imposibilitaban el largo viaje que tenian que hacer. El cardenal Antonelli, decano del sacro colegio, á quien habian echado de Roma el año anterior, confinándole á Spollette, tuvo que pasar á Sinigaglia, en cuyo destierro pereció. El cardenal Caroni pudo obtener su permanencia en Roma porque estaba enfermo. Por la misma razon, y por ser octogenario ademas, se permitió que quedase en Tolentino el cardenal Carafa, creyendo que se le hacia un gran favor. El cardenal Braschi quedó en Cesena, á causa de ha-

llarse atacado de la gota. El cardenal Della Porta cayó enfermo en Turin, trasladándose á Francia, y murió en aquella ciudad. El cardenal Crivelli fué confinado á Milan, y el cardenal Carandini á Modena. Los cardenales Caracciolo y Firrao, Napolitanos, pudieron escaparse de la deportacion, el primero por su enfermedad, y el segundo porque aceptó un empleo de capellan del nuevo rey de Nápoles. El cardenal Locatelli, obispo de Spolette, compró su tranquilidad con algunas contemporizaciones que escusaron sus achaques habituales, las cuales habian debilitado su moral, no menos que su fisico. Todos los demas cardenales italianos tuvieron que partir para Francia, á donde se les condujo; y se complacia el perturbador de la Iglesia en hacer de ellos un espectáculo para París, obligándolos á que se presentasen en la corte. Divertiase apostrofándolos públicamente, y les echaba en rostro, ora la conducta del Papa, ora la suya. Chanceábase á la par del anatema que le habia lanzado el pontífice, y no dejaba pasar por alto ninguna ocasion en que pudiese mortificarlos. Su matrimonio fué un pretesto para agravar la suerte de los cardenales. Hizo anular su casamiento con su primera muger, y contrató otro con una princesa de Austria. Hasta entonces el uso constante y fundado sobre razones muy sólidas habia reservado á los Papas el fallo acerca de esta clase de negocios, cuando se referian á soberanos. Habíase creído ser grandes los inconvenientes que habia

en dejar á un príncipe con el poder de abusar de su autoridad para con sus súbditos, bajo la mira de hacerse dar fallos favorables á sus deseos, y se habian reservado estas causas mayores á una autoridad superior é independiente. Constantemente se habia observado esta regla en la Iglesia, y la historia ofrece mas de un ejemplo de ello. Por lo mismo consideraron muchos cardenales como un atentado á los derechos de la santa Sede, que se hubiese atrevido la curia eclesiástica de París, á decidir por sí sola de un asunto de tamafia importancia, y se abstuvieron de asistir á la ceremonia del casamiento contratado por Bonaparte con una archiduquesa de Austria. Los trece cardenales que dejaron realmente de asistir fueron Mattei, Pignatelli, Della Somaglia, Litta, Brancadoro, Gabrielli, Scotti, di Pietro, Ruffo (Luis), Saluzzo, Galeffi, Oppisoni y Consalvi. Tampoco se presentó el cardenal Despuig, el cual estaba enfermo. El cardenal Dugnani pretestó una incomodidad y el cardenal Erskine, que ya se habia hallado á la ceremonia civil de dicho enlace, pretestó tambien una dolencia, para no asistir á la ceremonia eclesiástica. Los demas cardenales asistieron á entrambos, y el emperador, en vez de quedar satisfecho de su presencia, se indignó sobremanera no viendo la de de todos. Presumióse cual habia sido el motivo de su ausencia, y se ofendió altamente de ella, de cuya ofensa no tardaron en sentir todo el castigo; pues los trece primeros, que hemos nombrado,

recibieron la orden de no usar mas el trage de cardenal, y de presentarse siempre en trage negro; de donde provino la distincion de cardenales negros y cardenales colorados. Ademas se les suprimió la pension que se les habia señalado para indemnizarlos de los bienes y beneficios de que se habia apoderado el usurpador. Poco tiempo despues, los desterraron, dispersándolos de dos en dos en diferentes ciudades de Champaña y de Borgoña, donde no tenian otro recurso que las contribuciones voluntarias de las almas generosas que se habian apiadado de su triste situacion. Hiciéronse algunos donativos en su favor, sin que se escapase el mismo Papa de la necesidad de recurrir á la caridad de los fieles, cuyos dones no podian impedir que llegasen á él los escesos de la tiranía. Avergonzarse debian sus tiranos de su debilidad é impotencia, viendo á las almas religiosas y sensibles redoblar su respeto y entusiasmo para con el pontífice prisionero, y rogar toda la Iglesia por él, como por Pedro en otros tiempos. Y sin embargo Roma se hallaba sojuzgada bajo el yugo del usurpador, reemplazando la violencia y la confusion, la justicia y arreglo de su antiguo gobierno paternal. Los prelados, los gefes de las órdenes religiosas, todos, en una palabra, los que tenian algun empleo, fueron confinados ó deportados á Francia. Disolvióse los tribunales, suprimióse las congregaciones, se trasportó los archivos romanos á París con grandes gastos, robóse los ornamentos de la digni-

dad pontifical y se tomó y guardó como un trófeo el anillo del Pescador. Como Roma no subsistiese sino con el apoyo de la corte romana, lo perdió todo perdiendo á su soberano, quedando igualmente lo espiritual y temporal abandonados á la depredacion y pillage de un enemigo encarnizado.

— El 11 de enero, respuestas de una comision de obispos en París, á ciertas cuestiones propuestas por el gobierno. El que habia mandado prender al Papa, dispersar á los cardenales, y encarcelar á tantos eclesiásticos y prelados fieles, sabia sobradamente bien quien era el que introducía los trastornos en la Iglesia, y de quien dependía volverle la paz perdida. Así que los medios de conciliacion que afectaba buscar, no venian á ser sino un juego á propósito para engañar á bobos, y encubrir su ambicion. Que hubiese dejado la Iglesia tranquila, que hubiese dejado al soberano Pontífice en sus funciones, lo mismo que á los cardenales y á los obispos, que hubiese renunciado sus demandas exorbitantes, y nada mas facil que entenderse sobre lo demas. Pero, en vez de abandonar su sistema, lo estendía de mas á mas, y le parecia que á medida que iba adelantando no